

LA FINITUD EN EL PESAMIENTO ACTUAL Y LA INFINITUD AGUSTIANA

EL REALISMO AXIOLOGICO DE von RINTELEN

Ladislao Tarnoi de Tharnó

EN SAN JOSE de Costa Rica, en el año 1961, honraron al Profesor von Rintelen con la introducción del Segundo Congreso Interamericano Extraordinario de Filosofía, y esa distinción surgió, no sólo de un acto de cortesía hacia un ilustre filósofo europeo, sino que fue un homenaje para con un pensador original, que rebasa los límites de la filosofía de moda y se basa sobre el fenómeno del valor, el cual se presenta, no como algo abstracto, sino dentro del mundo realmente existente y actual.

Nutridas las savias más nobles de la cultura occidental, las ideas modernas de von Rintelen abren horizontes sin límites; con una intuición emocional *transciende* del mundo real hacia las regiones más sublimes del espíritu y, sin perder la dirección de sus corceles de alas blancas, controlada por la lógica del sentido, supera igualmente la rigidez formalizante de los neokantianos y la confusión caótica de los románticos hegelianos.

Von Rintelen, contemporáneo y amigo de Nicolai Hartmann, aún tratando de librarse de la visión sugestiva del fundador de la ontología moderna, al hablar de la "*estructura fundamental del espíritu humano*" y, muy especialmente, en la captación empírica de los efectos intermodales de las "entidades valiosas", cuya esencia total es incognoscible, está cimentando sus análisis en tesis hartmanianas; contemporáneo de Heidegger y Jaspers, encuentra palabras de digno reconocimiento en aquellas partes, donde su "filosofía del ser" coincide con algunos aspectos de los representantes nombrados de la filosofía existencial, pero su genio original impone su sello aún sobre las doctrinas del existencialismo, aceptadas, y encuentra siempre la ventana abierta a través de la cual mira a lo infinito.

Al buscar el tema más importante de la Filosofía, von Rintelen propone la pregunta: si éste es el análisis de la época o el problema de la verdad, y llama "*secundaria*" aquella investigación filosófica que está analizando los síntomas morbosos del siglo. Mientras que "*primaria*" sería aquélla que es capaz de llegar a una verdadera síntesis en el sentido de la lógica transcendental, la cual une de una en otra diversas representaciones y comprende la diversidad en un conocimiento.

La "*filosofía primaria*", aún estando vinculada con una época determinada, está por encima de toda época; la "*filosofía secundaria*" no es sino magia lingüística, transmutación de las palabras. Esta última, creyéndose poder resolver los problemas del mundo por la matemática y mecánica racionalista, por la sensibilidad y la simple experiencia sensualista, por la medición de la naturaleza o por la vivencia subjetiva del yo actual, demolió la fe en los valores. El positivismo afirma que,

en lo último, solamente se da lo que es aprehensible cuantitativamente y el materialismo sostiene que el mundo "no es más" que magnitud corpórea. El relativismo sostiene que todo cambia y el historicismo asevera que todo se desarrolla históricamente. Todos esos "ismos" llevaron a la degeneración y deshumanización de nuestra época, y causaron una comprensión trágica del mundo como consecuencia de las tristes experiencias de los últimos decenios.

La angustia del ser en abandono triste es la que caracteriza el sentimiento trágico, según la imagen del cual el mundo está expuesto a la nada y el hombre se encuentra como un leproso en medio del mundo sin valor.

Esta comprensión limitada del mundo desemboca en una tragedia sin salida, en que, el padecimiento interno no tiene sentido, y la desesperación sólo debe ser franqueada por la idea trágica del destino.

Nos encontramos ante una exageración de la voluntad y de la emoción, que no es capaz de franquear lo que se sabe peligroso y no tiene sentido volver a interpretar en forma opuesta todas las palabras que se orientan hacia la carga.

El carácter fundamental de la Filosofía de nuestro tiempo, calificada por von Rintelen como "*filosofía de la finitud*", puede perfilarse por las siguientes expresiones: escepticismo, devenir, contradicción y tensión, convulsión y fracaso, dinámica vital y existencial, subjetividad interior y existencialidad, singularidad y formalismo, sentimiento y estado de ánimo.

Pero con todo eso no se soluciona nada. Llegamos solamente a un estado de inquietud permanente. Quisiéramos determinar lo finito y sufrimos bajo el peso de lo infinito. No se tiene en cuenta la afinidad, vecindad y profundidad de contenido de las palabras usadas, que no puede agotarse nunca completamente. Por eso, dice, no basta el intelecto formal, sino que para nosotros el espíritu se convierte en mediador del ser, en obediencia de su sentido interior.

En cambio, el auténtico espíritu quiere cualidad, orden, distinción valorativa y con ello, una esfera propia y una libertad de la persona individual tanto interior como exterior.

La cantidad, al contrario, nivela, sólo conoce uniformidad en vez de estructura, niega la diferencia y favorece la cantidad pulverizada en átomos humanos. Por eso, tampoco estima la independencia ni la personalidad autovaliosa. El hombre moderno ha caído en el anonimato y por ello, frente al ataque del poder, se ha hecho completamente impotente.

El hermetismo en la radical finitud es, en su consecuencia, la negación completa de todo lo supra-mundano, de todo lo trascendente llega a la negación del Dios.

Nuestra situación espiritual exige una solución de la crisis contemporánea y, al proponer la pregunta: ¿puede darse todavía hoy una resurrección espiritual?; von Rintelen contesta: "¡Sólo el espíritu cultivado a través de las impresiones cristianas del Occidente!", pues el espíritu, como lo manifiestan San Agustín y Scheler, es en definitiva *amor espiritual*.

Tenemos que llegar, entonces, a la estructura fundamental del espíritu humano y al reconocimiento de que existen "*verdades sin palabras*", que en el fondo no pueden expresarse nunca y a las cuales el espíritu afanado puede conducir sólo de una manera muy lenta. "*Necesitamos un pensar ordenador, objetivo y en el hombre el "logos" se coloca conscientemente sobre el "nous"*", como poder ordenador, como determinación interior, como aclarador de sentido.

Sólo el espíritu es capaz de llegar a un sentido unitario que no permite la contradicción (cosa distinta de la oposición) y el espíritu es el vigía, el equilibrio en el hombre. Con él llegamos a una tercera esfera de expresión del ser humano (sensualitas, rationalitas, intellectus).

*

EL SENTIDO y comprensión del sentido es una de las partes más brillantes de la obra de von Rintelen.

El sentido es siempre algo espiritual. Es la esencia fundamentadora que se encuentra también en los gestos, en la imagen, incluso en cada pensamiento. En la determinación interna. Presupone ausencia de contradicción, y persigue meta y fin, cuando no autofinalidad.

Cada ciencia es un presentir de sentido y orden. El sentido posible se presenta como hecho originario, como sentido del ser y como sentido de cada ente. En toda conversación entre hombres hay una transmisión de sentido. También sin conversación puede realizarse ésta. En la faz risueña de un semejante se refleja el sentido de su alegría, que es la expresión inmediata de una realidad anímico-espiritual. El sentido se revela también en imágenes espirituales y completas: así la creación del hombre pintada por Miguel Angel en la Capilla Sixtina, proclama el sentido de que por el dedo extendido de Dios se trasmite al hombre, que despierta a la vida, el destello luminoso del espíritu.

Pero: ¿qué quiere decir el *contrasentido* inordenado? Es la *rebelión de los instintos contra el espíritu*. La casualidad y la oposición a la finalidad destruyen los empeños y las formas más plenas del sentido pues, "*los elementos odian la obra del hombre*" (Goethe) y, verdaderamente, el acabarse es disolución de formas de sentido; y el desacato consciente a los fueros de la ética, es desprecio de todo ordenamiento pleno de sentido".

En vista al sentido más elevado y al ordenamiento de sentido, hay un desorden parcial, un cauce relativo, que en lo posible sirve para vencerlo. Pero, las tendencias que de ahí surgen son, a la vez, condiciones básicas de nuestro ser existente al que sólo se le conceden fuerzas parciales.

Sobre un plano de sentido insuficiente, según von Rintelen, se encuentra aquéllo que corresponde a la pura voluntad, que se manifiesta a la coerción o al apetito como lo primero y más decisivo.

El sentido inmanente se antepone a todo... el sentido precede siempre a nuestra propia existencia y está antepuesto a nuestro ser. Así podemos hablar de la primacía de la determinación del sentido y hablar del "*orden estratificado del sentido*". Este ordenamiento deberá estar siempre bajo el modelo de una unidad de sentido que incluye todo.

Pero, para poder separar el sentido esencial del provisorio, debemos analizar conceptualmente con más detención la palabra "sentido" y considerarlo desde un marco más estrecho. Y, dice von Rintelen, que estar pleno de sentido significa estar vinculado al espíritu; pues sentido es más que sensualidad.

Al hablar del sentido esencial, el distinguido autor alemán cita a Nicolai Hartmann: "*Todo sentido dice relación a un valor y todo valor dice relación a un sentido*". En cierta forma, el sentido es el punto medio concreto entre la configuración externa y la idea abstracta... es pues la revelación de la realidad última del ser inmanente.

El sentido surge ópticamente como algo impersonal e independiente, realizado en la naturaleza física, en la vida psíquico-espiritual y en la persona axiológica.

La comprensión del sentido es una participación en algo... es la vivencia de una experiencia interior y la aceptación pasiva de algo originario... es una evidencia del espíritu, y la filosofía es comprensión de sentido.

Nuestro espíritu animado es la liberación más pura de las ligaduras de la finitud y que puede señalar más allá de ellas; pero que es, a la vez, aquella fuerza

que no puede arrancar a toda sensibilidad su última profundidad. Se cumple, en pleno sentido, sólo en la persona humana ligada a los valores que se refieren a la transcendencia.

Ella participa de manera irremplazable e irrepetible en las alturas de lo supratemporal, y se siente en lo más profundo ligada a la eterna patria del espíritu.

*

EL REALISMO AXIOLOGICO de von Rintelen se inicia con meditaciones sobre una infinita finitud, y sostiene que más allá del intelectualismo formal, el espíritu es capaz de abrirnos a contenidos esenciales cualitativos e indicarnos sabiamente qué es lo hermoso, lo santo, lo noble, lo humano, lo que tiene sentido, lo perfecto y lo grato. Se trata aquí de la conexión de un poder vital vinculador y de una fuerza informadora y ordenadora, esbozada detalladamente en su estudio titulado *"De Dionisos a Apolo"*, la *"ascensión hacia el Espíritu"* y frente a la melancolía trágica del existencialismo, Vin Rintelen encuentra que la alegría es la única salvación... una alegría interior que se fundamente en sí misma.

El autor dedica páginas a la interpretación de la alegría como un estado nuevo, que arranca inmediatamente del fondo de la vida e impone la cuestión sobre la calidad de lo vivido... es el eco del alma que nos remite a algo más alto; en ella se siente la liberación y como el disolverse del "cuidado", no sólo de la indigencia esencialmente íntima de nuestra finitud.

Todo lo alegre tiene un carácter eminentemente positivo, elevador y lleno de confianza: tiene la profundidad de lo claro, de lo liberador, y esa alegría puede convertirse en la revelación de la plenitud y del bien y cualquier duda sobre su poderosa inmediatez parecerá absurda e injusta.

Así, la alegría es siempre un auténtico proyecto, una liberación de lo "cargante" y pesado. Este estado de alegría puede concebirse como *"la aparición de una forma atemporal de la temporalidad"*, pero hay en la alegría sugerencias que son algo más, que no solamente roza un instante fecundo, sentido como atemporal, sino que prometen un estado de duración.

"Me impresiona y alegría —dice von Rintelen— tropezar con un hombre eminente, pero al mismo tiempo sé que sus momentos valiosos, propios y personales, tales como su fuerza de espíritu, su bondad, su disponibilidad, un comportamiento noble y justo, implican un carácter valioso, incondicionado y obligante. Esas cualidades son una promesa que no puede satisfacerse absolutamente en la finitud, sino que más bien abandonan y trasponen sus fronteras".

En toda alegría se esconde un tener actual, que me promete, me brinda o posibilita, en general, un valor. Su auténtico origen se encuentra siempre en lo que hace la vida valiosa y digna de vivir, y es un signo de afirmación vital.

En *"El Pensamiento Axiológico en la Evolución del Espíritu Europeo"*, von Rintelen da la definición siguiente:

"El valor es un contenido de sentido realizable, según grados de perfección de distinta graduación como meta de un esfuerzo consciente o inconsciente y que, en virtud de su contenido inferior, de su interna bondad (valor propio), puede inscribirse en una ordenación superior y más amplia (valor de relación). Su contenido de validez general se convierte en idea axiológica válida, en forma axiológica para el sujeto (incluido el contenido axiológico del valor natural) y, dentro de la esfera personal de la cultura se constituye en tarea normativa para la persona que actúa".

Lo valioso, en una vida completamente desplegada es realidad y no un concepto o algo subjetivamente pensado; lo valioso de una plenitud espiritual personal

es realidad. No hay, por tanto, que separar el valor del ser; lo primario es el valor real concreto, que, como la esencia puede ser apropiado por cada uno como una realidad espiritual. Nosotros no establecemos o creamos los valores por el mero hecho que nuestra voluntad subjetiva los haya decretado valiosos. Por supuesto, todo valor personal requiere la cooperación de la voluntad. Merced a este cumplimiento voluntario tiene lugar el comportamiento valioso. Pero no es valioso porque yo establezca esta apreciación según mi voluntad... y el mismo ideal no es un mero concepto abstracto, sino realización valiosa concreta de una idea axiológica fundamental, plenamente pensada.

Según esto, el peso del carácter axiológico estaría en la conformación individual de la existencia. "Ser" y "valor" deben permanecer unidos entre sí aunque la consideración del ser y del valor deben distinguirse. Nicolai Hartmann establece la ley de la inversión de las fuerzas axiológicas, según la que el nivel más bajo en el ser tiene la fuerza mayor. Los más altos modelos son casi impotentes sin los sustratos físicos... y el amor es el más alto valor personal, pues hay en él una entrega al bien y un don de nuestra esencia.

*

ESPIRITU Y LIBERTAD son los mayores regalos de Dios a los hombres y se nos da un nuevo principio espiritual a nosotros, hombres de la actualidad, principalmente en el contacto con el reino de los valores, como el de la Verdad, del Bien, de la Belleza y de lo Santo.

Con la pregunta por los valores, se pone en juego algo más que la mera conexión de sentido, como el sentido esencial de la vida en general o de las cualidades anímicas: alegría, confianza y otras. Penetramos en una zona aún más profunda hacia el valor definitivo, si nuestro espíritu no se ha vuelto sordo, porque el valor transcendental es una elevación de sentido al cual le está añadido un espíritu dignificante.

Seis espléndidas cualidades humanas se exigen —según von Rintelen— para poder penetrar en el reino de los valores: *receptibilidad espiritual, esfuerzo anímico; recogimiento; una transformación interior de nuestro ser por la visión axiológica; la facultad de participación viva en los pensamientos de valor y la capacidad para una decisión personal.*

Son necesarias nuevas escalas espirituales, nuevas categorías de valores y un "pathos" del devenir infinito... una pura consideración de un panorama espiritual... una penetración de las cosas con tranquilidad y, así llegamos al amor espiritual que, según Agustín y Pascal llamado "*ordre du coeur*" todo lo ve nuevo y lo transforma todo".

Ese amor espiritual, fundado sobre la inteligencia intuitiva, está dispuesto para la ordenación de los valores del amor, para cuya descripción "*nos falta la palabra, pero el corazón siente el sentido... Dios es bueno... elevad la voz sin palabras de vuestros corazones y vertid en él la plenitud de vuestras alegrías*" (Agustín).

Surgiendo la pregunta ¿dónde se haya el centro del hombre? von Rintelen contesta: dónde se encuentra íntimamente cuerpo y espíritu. Un espíritu se mantiene anclado en la sangre y no olvida su misión animadora para con el cuerpo.

El último entrecijo irreductible del hombre solemos llamar al corazón. Pero: ¿qué es el corazón en sentido filosófico? Es el punto focal de nuestro acontecer interior que nos faculta para tomar decisiones cuando la lógica no responde, o no es capaz de cumplir su cometido.

El corazón tiene su propio tono y trasciende las leyes del pensamiento lógico formal. La fuente de la lógica del corazón es el amor y no el principio formal de

contradicción. El corazón se ratifica efectivamente en la forma especial del pensamiento... se trata, pues, de un espíritu motivado por el amor de un "*intelletto d' amore*" como lo dice *Dante*. Y el amor no puede ser normativo, ni dar órdenes, sino tan sólo ser movilizado.

Al invocar las fuerzas renovadoras, von Rintelen observa que las pruebas duras de las últimas guerras mundiales, pudieron haber sido el comienzo de una renovación en que nos remueve la fuerza de la intuición espiritual... la inmediatez de verdades válidas... las determinaciones más altas de nuestra existencia humana, que tienen dignidad y relación con lo eterno y ella es la que puede ayudarnos para que el espíritu tomara posesión de nosotros.

Así llega el ilustre pensador de Maguncia al sentido de la cultura cristiana en su capítulo "*Nuestra situación espiritual a la Luz de la cultura cristiana*", cuyo fundamento es "*todo lo bueno en sí*" y la fuerza humana creadora que desea ser considerada como reflejo de la divina fuerza creadora.

Invoca, igualmente, como *Gabriel Marcel*, la fuerza transformadora de la gracia divina que se manifiesta en la relación del hombre con Dios.

Pero esta cuestión llama ya a las puertas de la trascendencia. Precisamente, en la más profunda y radical ligazón de nuestro ser existente finito, se abre paso en la actual filosofía la idea de lo metafísico.

"*Traspassamos pues* —concluye la primera parte de su obra magistral von Rintelen— *los límites de toda filosofía y de la pura comprensión humana del mundo y así podrá ser visto, desde la Cruz, un horizonte más grandioso completamente nuevo*".

*

EN EL CAPITULO "*Herencia Viva*" von Rintelen relaciona el pensamiento axiológico moderno con *San Agustín* y *San Alberto Magno* y no es una pura coincidencia que el autor incluya en su obra las dos figuras sobresalientes de la cultura occidental: en ambos descubrimos ideas que son más que modernas, son permanentes. Las ideas de *San Agustín*, en su sobre-temporal grandeza, pueden substanciar también el siglo XX.

En el sistema de *San Agustín*, el mundo se considera, no sólo bajo el aspecto de la cantidad, sino también sobre todo, bajo el de la cualidad, de manera que va perfeccionándose, en una espiritualización creciente, desde la simple materia apta para la asunción de la forma ordenadora. Según el gran doctor de la Iglesia, el hombre pende, en lo más íntimo, de este ascenso y siente en su realización, sobre todo en su propio interior, y sobre el camino de las formas intelegibles de la verdad, del bien y de la belleza un acrecentamiento de felicidad que, en definitiva sólo, en Dios como Bien Supremo se colmará.

Los cuatro conceptos de la filosofía de los valores de *Agustín* son los siguientes: todo ser es bueno; los grados axiológicos de lo creado; el afán de felicidad por el Sumo Bien y, finalmente, Dios como summum bonum en sí.

De eso deduce *Agustín* que un amor al mundo sin relación a Dios, corresponde a la cupiditas inferior, a la codicia concupiscente; un amor mundi que venera en el mundo el bien de la perfección divina; un amor de Dios, un gozarse en el summum bonum que se extiende inmediatamente a Dios, más allá del mundo terreno para mantenerse libre de todo lo finito.

La ordenación agustiana en sus etapas más señaladas son: el ser puramente corporeo; la vida orgánica; el pensamiento espiritual; el reino intelegible de las ideas; que yacen escondidas en definitiva en el fundamento originario divino.

El texto famoso de Agustín "*Deus bonum omnis boni*" significa, que todo bien en el mundo sólo puede comprenderse a partir del sumo Dios considerado bajo dos aspectos: como valor de relación y como valor propio. Mediante sus relación a los hombres, Dios les condiciona su íntima felicidad y como "*bonum per se*" es el mismo valor propio absoluto.

Nuestro afán de felicidad corresponde, según *San Agustín*, a una propiedad de la naturaleza humana, así constituida por Dios, la cual debe someterse al amor de un objetivismo axiológico y no de un subjetivismo de los valores.

De dirigirse por la calidad objetiva del contenido del bien deseado por la ordenación axiológica de todo lo creado y por el bien supremo en sí, Dios.

Sólo nos hace felices lo que nos hace buenos. Esta es la posición fundamental de Agustín.

*

SAN ALBERTO MAGNO es la otra gran figura presentada en la obra de von Rintelen y la postura espiritual de Alberto sólo puede mostrarse a partir del amplio círculo de ideas del siglo XII, y debe evaluarse a la par de las ideas generales de su tiempo. Una, con cristiano respeto el *realismo aristotélico*, la *cercanía platónica* y el *misticismo neoplatónico*. Intenta, además ampliar aquellos aspectos que le permiten profundizar mediante la autenticidad de la reflexión íntima. En él, se reúnen la clara exposición intelectual de la escolástica con la inmersión afectiva en Dios de la mística.

De acuerdo con su imagen del mundo, yace en todo una ordenación ontológica, de abajo hacia arriba, una conversión de lo material a lo inmaterial, un esfuerzo hacia lo infinito, pero sobre sendas de finitud.

La afirmación confiada del mundo propio y del mundo en torno tiene por consecuencia el que el pensamiento de la unidad y la idea de la comunidad fueran el tenor fundamental de *Alberto*, y en general, del pensamiento de la alta Edad Media. Todo, en cuanto valioso, se refiere a Dios. Por eso es, en cuanto a su ser creado, bueno. Toda naturaleza es en este sentido, "testimonio de la naturaleza divina".

Esta unión con Dios de toda naturaleza y de la sobrenaturaleza, despierte en el hombre y el sentimiento del amparo, de la vocación para tareas eternas y llenas de sentido también en lo temporal.

Para *Alberto*, en toda finitud yace algo infinito. El amor a la naturaleza se convierte en amor al mundo mensajero de Dios; y este amor a la naturaleza lo ha mostrado *Alberto* mismo con sus numerosos estudios de cuestiones naturales. Pero la relación entre Dios y el mundo no significa jamás en Alberto una mescolanza panteísta, energética o cuantitativa. Al contrario, entre el mundo, los valores y el ser absoluto existe una semejanza cuantitativa interna gradual, aunque defectuosa y limitada: una constante inquietud por Dios.

Alberto considera el mundo, conforme a su doctrina de la transcendencia, bajo un cuádruple aspecto: el del valor y la belleza, el de la verdad interna, el del ser y el de la unidad.

Según Alberto, existe una rica estructuración gradual, una jerarquía del bien. Quién acepta esta ordenación, este "*ordo bonorum*", encuentra el camino que lleva el valor absoluto como "*summum bonum*".

El organismo humano está ejemplarmente estructurado, en cuanto extiende aquella ordenación gradual hasta las zonas del espíritu. En la naturaleza, esta estructuración resulta como por sí misma inconscientemente.

En la absoluta elevación del valor divino lo que para Alberto determina el ennoblecimiento de todas las capas del ser... y la libertad otorga al hombre la posibilidad de ser conocedor y realizador de valores.

Los grados del ser no son nada de subjetivo, sino que contienen la objetividad decisiva que confunda la existencia misma y hasta el más íntimo ser y sentido de la estructura natural de una forma objetiva.

El grado de valor y el grado de ser se corresponden, en *Alberto*, de manera que realizando los valores nos hallamos plenamente en el dominio de la existencia. El ser aspira en cierta manera al valor siempre más alto, y el valor como una idea a su cumplimiento en la realidad.

En este sentido, el bien, el bonum es el valor real, no una idea extraña al mundo, ni un mero concepto sino una realidad concreta en su estado de perfección relativa.

Según *Alberto*, el hombre está en un mundo en parte vuelto hacia Dios y en parte apartado de él. Penetrando en su propia naturaleza, llegará a conocerse a comprenderse a sí mismo y con ello, a Dios.

El logro de tal conocimiento es para *Alberto* uno de los momentos más preciosos de la vida humana. Pero se requiere para ello gran fuerza de alma. Solo el que es grande, alcanzará ese vigor.

Tenemos una disposición natural según la cual los valores ambicionados nos hacen felices proporcionalmente a su altura.

La manera como se comporta el hombre individual, puede depender de su estado ontológico-estático o impulsivo-ético y, ambos son de gran importancia. El estado ontológico-ético de un hombre puede ser más alto o más bajo, debido en parte a la naturaleza y ambiente y en parte fatigosamente conquistado.

Uno de los problemas más grandes. ¿Qué es lo decisivo: ¿la actividad, la voluntad o el intelecto pasivo con la forma ontológica invariable que ha de ser apprehendida por él?

Nosotros tenemos preferencia por la idea del devenir... pero en toda filosofía del devenir tiene que haber algo de ser, y en toda filosofía del ser, algo de devenir.

En la filosofía de *Alberto*, el movimiento es la actuación de lo mejor. La gradación del bien es la vertical junto a la horizontal de la forma co-ordenada.

La voluntad humana debe cobrar conciencia de su libertad y alegrarse de su parentesco con Dios. La libertad de la voluntad se pondrá a prueba ante todo en la renuncia, en la mortificación, que deben practicarse siempre por un valor superior si no quieren ser insesatos.

Forma interior estable y voluntad, conocimiento y amor, estática y dinámica, en un sentido más amplio se hallan, pues en *Alberto* en la más estricta reciprocidad.

En lo que se refiere al espíritu y vida: el espíritu logra la unión más íntima con lo humano en su totalidad, cuando tiene relaciones axiológicas y se hacen vivas las cuestiones que nosotros investigamos en *San Alberto Magno*. Su pensamiento teológico encuentra su última fundamentación en la idea de la belleza absoluta.

*

EN LA CRISIS ESPIRITUAL contemporánea von Rintelen busca la salida en la actualización de la imagen del pasado porque "*el pasado de nuestra cultura tiene algo que decimos a nosotros, contemporáneos*". Está convencido el autor de que valiosas herencias espirituales de edades pretéritas podrían haberse perdido en siglos sucesivos y justamente, aquí se inserta la tarea de la historia del espíritu.

Es indudable que cada época ve el pasado desde un punto de vista particular. . . nuestras vivencias axiológicas son subjetivas. . . vinculadas al tiempo, precisamente en sus categorías históricas.

Pero es propio del fenómeno axiológico que en las vivencias subjetivas decisivas del individuo y de una época, se pretende siempre un fenómeno esencial objetivo.

Cada contenido axiológico puede recibir acuñaciones y precisiones múltiples; pero un ideal de valor sólo puede alcanzarse en aproximaciones progresivas. Por eso, cada época aportará algo positivo o negativo. Pueden lograrse y ensancharse profundas enseñanzas; pero también se pueden desfigurar o malbaratar.

Debe aún hacerse otra consideración: hay que buscar las valoraciones de una época tan sólo por sus hombres decisivos, pues de ellos depende el porvenir.

Esto es lo que intenta *von Rintelen* con *San Agustín* y *Alberto Magno* y mediante la presentación hecha por ellos se puede comprender, no solamente su grandeza histórica y filosófica, sino también el espíritu de la época.

*

EL HOMBRE EUROPEO, sus características y su situación actual deplorable forman la parte conclusiva de la excelente obra cuyo autor reúne en este capítulo final todas las luces de la cultura occidental.

Según *von Rintelen*, el espíritu europeo desde tiempos remotos, considera el mundo como estructuración cósmica y no como caos de fuerzas ciegas. Los estratos superiores de esta estructuración descansan sobre los inferiores y en parte los superan. Así, ascendemos por certezas cuantitativas, desde el ser inorgánico al *ser vivo*, al *alma*, al *espíritu*. Y el otorgamiento de *sentido* es la proporción del mundo.

Según el punto de vista de la filosofía de cantidad, el hombre es un conjunto de electrones en movimiento. Pero, observa *von Rintelen*, el hombre no ha amado nunca a una persona, como a un conglomerado de electrones. El dualismo europeo distingue desde la antigüedad espíritu y materia, forma y distancia, mientras que el asiático ligado al Universo confunde todo y se ve asimismo en la imagen como parte del paisaje y comprendido en su formación natural.

El europeo permanece centrado en sí mismo, en sus posibilidades puramente humanas y no confía de modo exclusivo en las fuerzas de la naturaleza y en las del destino.

El *hombre europeo* es un hombre de *acción*, de actitud dinámica. El constante esfuerzo revelador, lo empuja hacia un progreso productivo en que la fuerza se halla siempre ligada a la ley y el espíritu al esfuerzo creativo. Su actividad está llena de *sentido*, es decir, está determinada por el *espíritu*. Por ello, en el fondo el mundo permanece, para el europeo, como cosmo ordenado aunque lleno de tensiones que se insertan productivamente en el todo armónico, determinadas por el "*ordo*" *espiritual*.

La personalidad y la libertad constituyen las bases de su espíritu personal y la plenificación de la humanidad entraña libertad, derecho y bondad que son elementos constitutivos de su ser. *La persona es aquella realidad de naturaleza que está siempre dispuesta para el espíritu que es pura cualidad.*

En la imagen del mundo de *von Rintelen*, el concepto de Europa toma un aspecto cultural y pertenecen a él todos los países que, como Latinoamérica proceden históricamente de Europa, en frente del hombre asiático.

Lo decisivo encuentra en la forma de combinación de las posibilidades humanas en un todo y la humanidad europea reposa, según *von Rintelen*, sobre el sentido humanista clásico y sobre el cristianismo, llevando en sí las formas de sus propias

valoraciones, dentro de las cuales señala el "ethos creador", la fé en el espíritu, la fé en el ordenamiento axiológico del cosmos, la reacción de la voluntad frente a la naturaleza y la causalidad de la libertad.

La primacía del espíritu significa que el espíritu no es violencia, sino "*telos*", plasmador de sentido, es cualidad y orden.

El espíritu en su más amplio sentido abarca todas las fuerzas sensitivas y anímicas. El espíritu es algo interno, no perceptible de la naturaleza y vida misma, algo que da al ente su verdadera significación, su forma de ser y su sentido.

El espíritu es arquetipo que coordina el ser con la vida, sea como espíritu impersonal o espíritu objetivo, sea como espíritu personal, capaz por si solo de concebir, formular y llevar sentido de ser.

La antigüedad y el cristianismo cree en una realidad suprasensible; es decir que queremos "*transcender*" al mundo... buscar su causa y a encontrarla en la razón de ser que establece el espíritu.

Lo esencial es llegar a conocer una propia dimensión elevada del espíritu y la fé en el ordenamiento axiológico del cosmos quiere decir un ascenso hacia grados de cualidad.

Este *ascenso gradual* lleva el pensamiento de von Rintelen de la prisión espiritual de la filosofía de finitud contemporánea hacia lo infinito... hacia Dios, quién está completamente fuera, por encima de la naturaleza, pues Dios es puro espíritu personal y el mundo es el reflejo de su esplendor. El Dios cristiano es, en su esencia, también "*logos*", espíritu puro en plena posesión de verdades eternas e inmutables.

El europeo, en la tradición de su religión, se eleva hacia la faz de ese Dios, al que se puede hablar personalmente, y Dios le sale al encuentro no únicamente por su gracia, sino también por el sufrimiento que aceptó libremente y del cual es considerado merecedor el hombre que es su criatura.

Así el hombre individual es digno de ser redimido por su Dios y por eso, el hombre europeo en diferencia al hombre asiático, busca una última riqueza en la trascendencia, es decir, precisamente, en un Dios personal.

La *plenificación de la humanidad* es posible en razón de su espíritu, de su esencia personal y del derecho derivado de ellas. La mayor elevación de la realidad del hombre se encuentra, entonces, en su libertad.

La *humanidad* es, a la vez, un *concepto cultural y social*.

El europeo exige que se respete su dignidad. De aquí también deriva su derecho a la tolerancia y a la idea social.

La *libertad* es para el europeo, según *von Rintelen*, hasta un interrogante de imperiosidad religiosa. Y cita a *San Pablo*: "*Donde está el espíritu del Señor, está la libertad*".

La libertad es liberación de la subjeción al dominio de la naturaleza y a la violencia exterior y se conseguirá únicamente por la disciplina espiritual. La libertad es y produce una sensación de felicidad en la realidad del ser-hombre. Hay que tener fé en ese espíritu libertador, capaz de conducir al hombre por el espíritu, por sobre la naturaleza.

Aún reconociendo que la estabilidad del hombre europeo está amenazada por los sufrimientos de la guerra que condujo a la pérdida de su interioridad y a la desintegración existencial, von Rintelen, no abandona la esperanza de un resurgimiento del espíritu europeo, sin embargo éste exige advenimiento de nuevos valores.

Europa llegará a levantarse sólo cuando consiga el equilibrio entre los dos extremos, entre el individualismo y el colectivismo; por lo tanto, vale aquí la consigna: Nada de aislamiento del individuo, nada de modernismo de soledad, anacoreta; pero

tampoco nada de delirio colectivo impersonal fundado en el vacío y el fracaso, o en la carencia de madurez y cultura.

El autor termina su obra con este mensaje:

"Salvad nuestro ser humano, para que vuelva a ser digno de nuestro pasado europeo, y que valga la pena vivir. Ocupémonos de que la fé en nuestra humanidad permanezca fuerte y que todavía amanezca para nosotros un nuevo día del espíritu, aún desconocido. Recordemos nuestra tradición europea, también de todos aquellos pueblos que fueron culturalmente fructificados por Europa, y nuestra unidad espiritual, antes de que sea demasiado tarde".

Durante nuestro encuentro personal, en San José de Costa Rica, *Fritz Joachim von Rintelen*, el filósofo neoclásico, el hombre europeo, el pensador universal, el amigo lleno de sincera ingenuidad, me dedicó su obra con esta hermosa dedicatoria:

"Dad a nuestra época un pensamiento grande para que ella pueda vivir de él!"

La obra relatada es un conjunto de pensamientos grandes, dignos para que los hombres, en letargo, puedan encontrar la fe en la vida y en los valores.